

**CUENTO N° 243**

**TÍTULO: LA TRAMPA**

**SEUDÓNIMO: GAMMA**

**AUTOR: MARCIAL FRANCISCO LETELIER MARTÍNEZ**

## La trampa

Una intensa lluvia cayó a mediados de julio de 1985 en la cuenca del Maule y alrededores. Al cesar, se dispersaron las nubes y el cielo volvió a su color natural, un celeste casi rutilante. En aquel momento, el viejo Nicolás salió del rancho y clavó su mirada hacia el norte: el arco iris ya se había desplegado con todos sus colores, aunque algo recortado por la montaña del fondo.

-Va a hacer un bonito día, aunque con bastante frío-, dijo en voz alta, como si conversara con alguien. Él pasaba mucho tiempo solo en el descampado, ya fuera buscando reses extraviadas, talando árboles para leña, limpiando la canaleta surtidora de agua o regando siembras. Quizás creía que para no enmudecer, no aburrirse ni sentirse solo, debía recurrir al ardid de hablar en la vastedad de la campiña. Sin embargo, era muy curioso que dentro del encierro de las cuatro paredes del rancho no sacaba jamás el habla.

Tomó un atajo y a tranco lento pero seguro se dirigió a la casa del alto, donde vivía el patrón. La distancia no era mucha, quizás unas diez o doce cuerdas, pero todo el sendero que tenía por delante era escarpado. Sus setenta años ya le pesaban. Hizo una corta parada. Apoyó su espalda en el tronco de un álamo sin hojas, víctimas de ventoleras de otoño.

Retomó la caminata. Detrás de un recodo apareció ante su vista unas corridas de tejas de arcilla, y al dar dos pasos pudo ver la casa completa. Diez pasos más y subió al corredor, un perro viejo de color ceniza, echado sobre un saco, levantó la cabeza para ver al intruso; seguramente lo reconoció porque movió la cola en vez de ladrarle.

Tocó a la puerta. Una mujer joven, algo rolliza, de rostro agraciado, salió a su encuentro. Con un brazo sostenía a su mascota.

-Buenos días, señora Elisa.

-Buenos días, don Nicolás ¿Qué se le ofrece?

-Hablar con don Enrique.

-No está, fue a Talca. Su madre está hospitalizada. Es posible que llegue mañana, según cómo evolucione.

-Quería pedirle un anticipo. ¿Usted podría prestarme algo a cuenta?

-Me va a perdonar, pero no me entrometo en asuntos de dinero.

Nicolás hizo un gesto de desagrado, resaltando las arrugas en su frente. Sin embargo, se sobrepuso y dijo:

-Bueno, tendré que esperar. Ahora, para no perder el viaje, ¿podría quedarme trabajando un rato en la bodega? Es para hacer una media docena de "huaches".

-Claro, por supuesto. A propósito, no acepte que mi hijo, que está pasando sus vacaciones de invierno, vaya con usted a instalarlos.

-No se preocupe, señora. No lo permitiré-, dijo en forma rotunda.

El viejo se dirigió a la bodega situada detrás de la casa. El recinto era como un apéndice de la vivienda, pues se había levantado aprovechando unos seis metros de largo por dos de ancho del techo del corredor que rodeaba la casa.

Cogió de un canasto varias estacas de unos treinta centímetros de longitud, que él mismo había cortado un mes antes, y como quien le saca punta al lápiz agudizó un extremo con un cuchillo filoso. Luego, con el mismo estilete, hizo una

hendidura circular en la otra punta del madero, fijando con tres vueltas un extremo del alambre trenzado, de unos cincuenta centímetros de largo. Con dedos ágiles, compuso una abertura circular con el otro extremo de la cuerda, en forma de lazo corredizo. Probó con sus manos robustas y encallecidas la solidez de todo el armazón y quedó satisfecho. Lo hizo a un lado y se aprestó para hacer el siguiente.

- Será una buena tarde la de hoy para poner las trampas-, dijo en medio de la soledad de la bodega.

Al rato, un muchacho llegó a hacerle compañía. Venía del interior de la casa. Se sentó sobre un taburete pintado de color café.

-Buenos días, don Nico-, dijo el recién llegado, con un tono de voz muy amistoso.

-Buenas las tenga usted, joven Joaquín.

El joven paseó su mirada por el juego de herramientas básicas, como martillo, alicate y cuchillo, todo ello esparcido sobre un mesón desvencijado, llamándole la atención el lazo recién hecho.

-¿Cómo se llama esa cosa y para qué sirve?- preguntó el joven.

-Los conocemos acá con el nombre de "huaches"; sirven para cazar conejos. No me diga que no los conoce.

-Nunca los había visto hasta ahora, en verdad.

Nicolás se hizo el sordo durante un largo minuto. Se echó el raído sombrero alón hacia atrás, se secó la frente con un sucio y arrugado pañuelo. Luego sacó de su bolsillo un paquete de tabaco, extrajo medio puñado y envolvió un cigarrillo. Lo encendió y aspiró profundamente.

-¿Acaso usted nunca ha comido conejo, joven? ¿Nunca le han preparado conejo escabechado, por ejemplo? Y si los ha comido, ¿cómo cree que los animales llegaron a la olla? ¿Volando? Mientras hablaba, el viejo exhalaba el humo en espiral, distendiendo su rostro en una sonrisa irónica.

Joaquín no respondió de inmediato; no se movió de su sitio. El hombre comenzó a armar otro lazo.

-Don Nicolás, a lo mejor yo podría acompañarlo a tender trampas. Así aprendería-, dijo después de un largo minuto, con humildad, tratando de cuidar las palabras para no molestarlo y seguir intentando convencerlo.

Aquella sugerencia le pareció mal a Nicolás. Mientras la escuchaba, meneaba la cabeza de un lado para el otro, sin dejar de trabajar.

-Mire, joven, le diré una cosa y será la última-, dejó de laborar y lo miró fijamente-. Su mamá ya me advirtió; no quiere que usted se involucre conmigo en la caza. ¿Está claro? Ahora, yo no sé qué tiene de malo. A mis hijos, siendo niños, los llevaba a la ladera a cazar animalitos; uno tenía diez años y el otro, nueve. Ahora son hombres hechos y derechos, tienen más de cuarenta. Usted debe andar por los ¿catorce? Ya está grandecito, ¿no cree?

-Tengo doce, pero cumpliré trece el mes entrante. Déjeme acompañarlo, por favor. Me aburro en el campo. Le prometo que a mi mamá nunca le diré nada. Confíe en mí.

-¿Por qué tendría que confiar en usted...o en su madre?- Inmediatamente se arrepintió de haberse referido negativamente a la madre, siendo ella la esposa de su patrón, pues todo se podría llegar a saber.

El viejo retomó los materiales para confeccionar otro lazo; agregó:

-Yo a usted no lo voy a llevar...

-Pero si lo sigo...digamos a unos diez metros de distancia; estará un poco oscuro, nadie nos verá.

-Que quede claro. Si usted quiere ir, es cosa suya. Yo no lo acusaré. No me meto en lo que no me importa-. Junto con responder, Nicolás se retiró de la bodega con varios lazos colgando del hombro. Joaquín se quedó mirándolo hasta que el hombre dio la vuelta por el monte y lo perdió de vista.

Enseguida, el joven fijó su mirada hacia lo alto del roble grande que se elevaba a un costado de la empalizada, y se le ocurrió una idea para más tarde. Marchó a casa.

El viejo reloj mural indicaba las 18.30 horas. Joaquín se puso una casaca gruesa. Se había percatado de que su madre estaba entretenida leyendo en su cama, alumbrada por una lámpara de carburo. Al salir, juntó la puerta, sin pasar el cerrojo para evitar ruido. Caminó hacia el roble y se subió a la primera rama; desde ahí continuó escalando con cuidado. Antes de dos minutos había llegado casi a lo más alto. Oteó a su alrededor. Estaba seguro que de abajo nadie lo vería, tal como él no podía distinguir a nadie en particular, salvo figuras o bultos, siempre que fueran movedizos. La oscuridad de la noche había llegado en plenitud.

De pronto, notó que alguien aparecía detrás de tupidos matorrales. Ese alguien llevaba cosas en sus manos. Era Nicolás. Cuando lo reconoció, por su altura y el amplio sombrero, el joven bajó raudo del árbol y lo siguió. Caminó unos cuantos metros detrás del viejo. Por no fijarse bien donde pisaba, se enredó en un alambre tirante que cruzaba la senda, puesto seguramente por Nicolás y muy a la ligera,

pues, sin mayor esfuerzo, el muchacho removi6 la estaca un par de veces hacia los costados, quedándose con ella. Pens6 que ya no era necesario seguir los pasos de don Nicolás. Ya tenía un aparato en sus manos. Lo pondría más cerca de la casa, junto a la empalizada, donde creía que trajarían muchos conejos tentados por la cercanía de la verdura. Clav6 el tarugo con un martillo que trajo de la bodega, y lo dej6 muy firme en tierra. Abrió el bozal, que ocup6 casi todo el frente del estrecho sendero. Terminado aquello, retorn6 a casa. Lleg6 justo cuando su madre lo llamaba a comer. Se sentaron ambos a la mesa. Conversaron, entre otras cosas, de lo solos que estarían en el campo si no fuera por los Yáñez, empleados que vivían en una casucha a treinta metros de ellos. La madre le aconsej6 que, por lo menos, dedicara dos horas al día a la lectura de libros que le habían indicado en el liceo. Se dieron las buenas noches y cada uno se dirigi6 a su respectivo cuarto.

Al otro día despert6 temprano y se visti6 con mucha rapidez. Sali6 de prisa y poco demor6 en cubrir el trecho para llegar a la acequia de regadío. Diez metros más allá había instalado el tarugo. Recorri6 el sendero, expectante por el resultado. Antes de llegar, divis6 que un animal colgaba hacia la pendiente y que era de color blanco. Le extrañ6 el color porque los conejos que él había visto hasta ese momento eran todos grises. Pero, lamentablemente, en este caso no se trataba de un conejo o una liebre, sino que de Copito, un perrito blanco y lanudo que un día cualquiera del año antepasado había llegado a su casa y su madre lo había acogido con cariño: se había convertido en su mascota. Cuando Joaquín pudo reconocer el cuerpo, un grito fuerte y lastimoso sali6 de su garganta; probablemente su madre lo haya sentido. El muchacho no pudo mantenerse de pie y cay6 de rodillas junto a su víctima.